

# Prólogo

«Hay otros mundos, pero están en éste», escribió el poeta Paul Éluard. Mundos en los que, lo fantástico —aunque no pueda eludir totalmente la realidad—, nos ofrece la oportunidad de contar con una tercera vida, y es que el hombre vive tres veces: una, cuando está despierto; otra, cuando duerme, y durmiendo tiene sueños, puede que también pesadillas. La tercera es la que resulta de la interrelación de las otras dos mediante la imaginación.

El terror —el miedo muy intenso— no está ausente de las dos primeras vidas. Todos, tanto despiertos como dormidos, hemos sentido miedo en alguna ocasión, no sólo involuntariamente sino también voluntariamente, por la seducción del riesgo. En la tercera lo bueno es que, el terror, por muy grande que sea, lo tenemos controlado. Porque, aunque esté basado en lo real, o en lo onírico, es de ficción.

El miedo, también en los animales, es una alarma que nos ayuda a evitar, o que intenta que evitemos, situaciones de peligro. Una alarma ancestral para beneficio de nuestra supervivencia. Dicen los psiquiatras que el miedo es sano. Pero el miedo, téngase bien presente, que no escapa a nuestro control. Y lo es para, aunque parezca paradójico, hacer frente al miedo. El de ficción —literatura, cine, te-

levisión...— es para pasárnoslo de miedo con miedo. Y, además, nos sirve como mecanismo para combatir al verdadero. Es decir, esta antología le servirá muy bien al lector, tanto para su cuerpo como para su mente.

Muchos de los grandes maestros de la literatura universal han escrito obras de terror —sobre todo relatos—, y los han dedicado totalmente al género, que no tiene ni menos ni más valor que los otros, porque a una creación literaria no se la juzga por el género al que pueda pertenecer y sí por su calidad. Seis de tales autores —tres del siglo XIX, en el que los cuentos de terror alcanzaron una gran popularidad, y tres del siglo xx, en el que a tales cuentos se les reconoció la calidad que antes se les negara— figuran en esta antología. De cada uno hemos elegido uno de sus relatos terroríficos más significativos. Sobresalientes en cuanto lenguaje y original argumento. Responden, sin excepción, a lo expuesto por Guy de Maupassant, aunque con distintos estilos y no menos distintas temáticas: «El miedo [...] es algo espantoso, una sensación atroz, como una descomposición del alma, un horrible espasmo del pensamiento y del corazón, cuyo mero recuerdo provoca estremecimientos de angustia».

Los cuentos de este libro son una buena muestra de la escritura de sus autores, dominadores de un lenguaje con el que logran empavorecernos: la intriga, el misterio, el horror, el suspense... está oculto, presto a catapultarse, tras cada palabra, certeramente utilizadas para alcanzar agobiantes atmósferas, enigmáticos personajes con los que el clímax alcanza cotas pavorosas, como en las obras de Lovecraft «decrepitud, suciedad y ruina», «arrugadas y

solitarias figuras», «extraño desasosiego», «apestoso tufo a perversidad»), para el que el miedo «es la emoción más antigua y más intensa de la humanidad».

No todos los miedos siguen idénticos caminos. Los relatos de Stevenson, Poe y Tolstoi están enraizados en lo sobrenatural, no así los de Bradbury, du Maurier y Langelaan. En estos tres últimos, el horror que sentimos es el horror a nosotros mismos. En cada siglo nacen nuevos terrores. Los de los autores del siglo xx corresponden a su siglo; tendentes hacia el horror cósmico.

Robert Louis Stevenson, en *Los ladrones de cadáveres*, nos sobrecoge recurriendo al miedo primitivo de los vivos a los muertos, un temor que según Sigmud Freud es de siempre. Otro terror ancestral es el que nos espanta en *El gato negro* de Edgar Allan Poe: el miedo a los animales. La zoofobia es tan antigua como la humanidad. Pero, en este caso, el horror al gato —ailurofobia— no es lo que angustia al personaje, sí lo que el felino simboliza. Alexéi Konstantinovich Tolstoi nos habla de un vampiro, siniestra figura del folklore de los pueblos eslavos, uno de los mitos del terror.

Ray Bradbury escribe acerca del horror de la soledad, un horror que cada vez se apodera de más personas. George Langelaan, de los peligros de la ciencia. Y Daphne du Maurier, del mayor de los miedos: el de un apocalipsis debido a nosotros mismos. Porque, en el fondo, de eso se trata el cuento.

Hay muchos más miedos. Pero, los tratados por los autores de ese libro, sirven como ejemplo de un género literario que no podría existir sin una alta dosis de poesía, en la que se refugia lo desconocido. Y en el que se sugiere más que se muestra. Porque

las sombras inquietan más que la oscuridad. Y la niebla adquiere el valor de la duda. El miedo llama a la puerta, pero no la derriba. Cada uno, en su mente, al serle sugerido el terror, lo engrandece al vivirlo según sus miedos.

Con este libro se vivirán —porque, al leerlas, se viven— espeluznantes situaciones: en un aislado cementerio, en una noche negra, en busca de un cadáver; al descubrir que, en un sótano, se ha emparejado a un maligno y vengativo ser; cuando alguien que ama intente clavarle los colmillos para saciar su sed de sangre; al surgir un monstruo de las aguas que rodean un solitario faro; al comprobar en qué se convirtió tras un experimento científico; al ser atacado por, hasta ese momento, inocentes pájaros.

Si terroríficos son los relatos que componen esta antología, terroríficas son sus adaptaciones cinematográficas; pequeñas o grandes joyas de la historia del cine, que desde su principio se ha sentido atraído por el terror: *Los ladrones de cadáveres*, de Robert Wise; *Satanas*, de Edgar G. Ulmer; *La familia del «vurdalak»*, de Mario Bava; *El monstruo de tiempos remotos*, de Eugène Lourié; *La mosca*, de Kurt Neumann; *Los pájaros*, de Alfred Hitchcock. Películas rodadas con la misma sutileza con la que escribieron sus autores los cuentos en que se inspiran.

Y ya, si el lector se atreve, y no dudamos de que se atreverá, recomendamos leer estos relatos para pasárselo como desea: de miedo con miedo. Además, ya sabemos, el ser presa del miedo que se puede controlar es bueno tanto para el cuerpo como para la mente: no creo que se pueda pedir más, acaso una tila.

JUAN JOSÉ PLANS

## Los ladrones de cadáveres

Robert Louis Stevenson

Todas las noches del año nos sentábamos los cuatro en el pequeño reservado de la posada George en Debenham: el empresario de pompas fúnebres, el dueño, Fettes y yo. A veces había más gente; pero tanto si hacía viento como si no, tanto si llovía como si nevaba o caía una helada, los cuatro, llegado el momento, nos instalábamos en nuestros respectivos sillones. Fettes era un viejo escocés muy dado a la bebida; culto, sin duda, y también acomodado, porque vivía sin hacer nada. Había llegado a Debenham años atrás, todavía joven, y por la simple permanencia se había convertido en hijo adoptivo del pueblo. Su capa azul de camelote era una antigüedad, igual que la torre de la iglesia. Su sitio fijo en el reservado de la posada, su conspicua ausencia de la iglesia, y sus vicios vergonzosos eran cosa de todos sabidas en Debenham. Mantenía algunas opiniones vagamente radicales y cierto pasajero escepticismo religioso que sacaba a relucir periódicamente, dando énfasis a sus palabras con imprecisos manotazos sobre la mesa. Bebía ron, cinco vasos todas las veladas; y durante la mayor parte de su diaria visita a la posada permanecía en un estado de melancólico estupor alcohólico, siempre con el vaso de ron en la mano derecha. Le llamábamos el doc-

tor, porque se le atribuían ciertos conocimientos de medicina, y en casos de emergencia había sido capaz de entablillar una fractura o reducir una luxación; pero, al margen de estos pocos detalles, carecíamos de información sobre su personalidad y antecedentes.

Una oscura noche de invierno —habían dado las nueve algo antes de que el dueño se reuniera con nosotros— fuimos informados de que un gran terrateniente de los alrededores se había puesto enfermo en la posada, atacado de apoplejía, cuando iba de camino hacia Londres y el Parlamento; y por telégrafo se había solicitado la presencia, a la cabecera del gran hombre, de su médico de la capital, personaje todavía más famoso. Era la primera vez que pasaba una cosa así en Debenham (hacía muy poco tiempo que se había inaugurado el ferrocarril) y todos estábamos convenientemente impresionados.

—Ya ha llegado —dijo el dueño, después de llenar y encender la pipa.

—¿Quién? —dije yo—. ¿No querrá usted decir el médico?

—Precisamente —contestó nuestro posadero.

—¿Cómo se llama?

—Doctor Macfarlane —dijo el dueño.

Fettes estaba acabando su tercer vaso, sumido ya en el sopor de la borrachera, unas veces asintiendo con la cabeza, otras con la mirada perdida en el vacío; pero con el sonido de las últimas palabras pareció despertarse y repitió dos veces el apellido «Macfarlane»: la primera con entonación tranquila, pero con repentina emoción la segunda.

—Sí —dijo el dueño—, así se llama: doctor Wolfe Macfarlane.

Fettes se serenó inmediatamente; sus ojos se aclararon, su voz se hizo más firme y sus palabras más vigorosas. Todos nos quedamos muy sorprendidos ante aquella transformación, porque era como si un hombre hubiera resucitado de entre los muertos.

—Les ruego que me disculpen —dijo—; mucho me temo que no prestaba atención a sus palabras. ¿Quién es ese tal Wolfe Macfarlane?

Y añadió, después de oír las explicaciones del dueño:

—No puede ser, claro que no; y, sin embargo, me gustaría ver a ese hombre cara a cara.

—¿Lo conoce usted, doctor? —preguntó boquiabierto el empresario de pompas fúnebres.

—¡Dios no lo quiera! —fue la respuesta—. Y, sin embargo, el nombre no es nada corriente; sería demasiado imaginar que hubiera dos. Dígame posadero, ¿se trata de un hombre viejo?

—No es un hombre joven, desde luego, y tiene el pelo blanco; pero sí parece mas joven que usted.

—Es mayor que yo, sin embargo; varios años mayor. Pero —dando un manotazo sobre la mesa— es el ron lo que ve usted en mi cara; el ron y mis pecados. Este hombre quizá tenga una conciencia más fácil de contentar y haga bien las digestiones. ¡Conciencia! ¡De qué cosas me atrevo a hablar! Se imaginarán ustedes que he sido un buen cristiano, ¿no es cierto? Pues no, yo no: nunca me ha dado por la hipocresía. Quizá Voltaire habría cambiado si se hubiera visto en mi caso; pero, aunque mi cerebro —y procedió a darse un manotazo sobre la calva cabeza—, aunque mi cerebro funcionaba

perfectamente, no saqué ninguna conclusión de las cosas que vi.

—Si este doctor es la persona que usted conoce —me aventuré a apuntar, después de una pausa bastante penosa—, ¿debemos deducir que no comparte la buena opinión del posadero?

Fettes no me hizo el menor caso.

—Sí —dijo, con repentina firmeza—, tengo que verlo cara a cara.

Se produjo otra pausa; luego una puerta se cerró con cierta violencia en el primer piso y se oyeron pasos en la escalera.

—Es el doctor —exclamó el dueño—. Si se da prisa podrá alcanzarlo.

No había más que dos pasos desde el pequeño reservado a la puerta de la vieja posada George; la ancha escalera de roble terminaba casi en la calle; entre el umbral y el último peldaño no había sitio más que para una alfombra turca; pero este espacio tan reducido quedaba brillantemente iluminado todas las noches, no sólo gracias a la luz de la escalera y al gran farol debajo del nombre de la posada, sino también debido al cálido resplandor que salía por la ventana de la cantina. La posada llamaba así convenientemente la atención de los que cruzaban por la calle en las frías noches de invierno. Fettes se llegó sin vacilaciones hasta el diminuto vestíbulo, y los demás, quedándonos un tanto retrasados, nos dispusimos a presenciar el encuentro entre aquellos dos hombres, encuentro que uno de ellos había definido como «cara a cara». El doctor Macfarlane era un hombre despierto y vigoroso. Sus cabellos blancos servían para resaltar la calma y la palidez de su rostro, nada desprovisto de energía por otra parte.

Iba elegantemente vestido con el mejor velarte y la más fina holanda, y lucía una gruesa cadena de oro para el reloj y gemelos y anteojos del mismo metal precioso. La corbata, ancha y con muchos pliegues, era blanca con lunares de color lila, y llevaba al brazo un abrigo de pieles para defenderse del frío durante el viaje. No hay duda de que lograba dar dignidad a sus años envuelto en aquella atmósfera de riqueza y respetabilidad; y no dejaba de ser todo un contraste sorprendente ver a nuestro borrachín —calvo, sucio, lleno de granos y arropado en su capa azul de camelote— enfrentarse con él al pie de la escalera.

—¡Macfarlane! —dijo con voz resonante, más propia de un heraldo que de un amigo.

El gran doctor se detuvo bruscamente en el cuarto escalón, como si la familiaridad de aquel saludo sorprendiera y en cierto modo ofendiera su dignidad.

—¡Toddy Macfarlane! —repitió Fettes.

El londinense casi se tambaleó. Lanzó una mirada rapidísima al hombre que tenía delante, volvió hacia atrás unos ojos atemorizados y luego susurró con voz llena de sorpresa:

—¡Fettes! ¡Tú!

—¡Yo, sí! —dijo el otro—. ¿Creías que también yo estaba muerto? No resulta tan fácil dar por terminada nuestra relación.

—¡Calla, por favor! —exclamó el ilustre médico—. ¡Calla! Este encuentro es tan inesperado... Ya veo que te has ofendido. Confieso que al principio casi no te había conocido; pero me alegro mucho... me alegro mucho de tener esta oportunidad. Hoy sólo vamos a poder decirnos hola y hasta

la vista; me espera el calesín y tengo que tomar el tren; pero debes..., veamos, sí... debes darme tu dirección y te aseguro que tendrás muy pronto noticias mías. Hemos de hacer algo por ti, Fettes. Mucho me temo que estás algo apurado; pero ya nos ocuparemos de eso «en recuerdo de los viejos tiempos», como solíamos cantar durante nuestras cenas.

—¡Dinero! —exclamó Fettes—. ¡Dinero tuyo! El dinero que me diste estará todavía donde lo arrojé aquella noche de lluvia.

Hablando, el doctor Macfarlane había conseguido recobrar un cierto grado de superioridad y confianza en sí mismo, pero la desacostumbrada energía de aquella negativa lo sumió de nuevo en su primitiva confusión.

Una horrible expresión atravesó por un momento sus facciones casi venerables.

—Mi querido amigo —dijo—, haz como gustes; nada más lejos de mi intención que ofenderte. No quisiera entrometerme. Pero sí que te dejaré mi dirección...

—No me la des... No deseo saber cuál es el techo que te cobija —le interrumpió el otro—. Oí tu nombre; temí que fueras tú: quería saber si, después de todo, existe un Dios; ahora ya sé que no. ¡Sal de aquí!

Pero Fettes seguía en el centro de la alfombra, entre la escalera y la puerta; y para escapar, el gran médico londinense iba a verse obligado a dar un rodeo. Estaban claras sus vacilaciones ante lo que a todas luces consideraba una humillación. A pesar de su palidez, había un brillo amenazador en sus anteojos; pero, mientras seguía sin decidirse, se

dio cuenta de que el cochero de su calesín contemplaba con interés desde la calle aquella escena tan poco común y advirtió también cómo le mirábamos nosotros, los del pequeño grupo del reservado, apelotonados en el rincón más próximo a la cantina. La presencia de tantos testigos le decidió a emprender la huida. Pasó pegado a la pared y luego se dirigió hacia la puerta con la velocidad de una serpiente. Pero sus dificultades no habían terminado aún, porque antes de salir Fettes le agarró del brazo y, de sus labios, aunque en un susurro, salieron con toda claridad estas palabras:

—¿Has vuelto a verlo?

El famoso doctor londinense dejó escapar un grito ahogado, dio un empujón al que así le interrogaba y con las manos sobre la cabeza huyó como un ladrón cogido *in fraganti*. Antes de que a ninguno de nosotros se nos ocurriera hacer el menor movimiento, el calesín traqueteaba ya camino de la estación. La escena había terminado como podría hacerlo un sueño; pero aquel sueño había dejado pruebas y rastros de su paso. Al día siguiente, la criada encontró los anteojos de oro en el umbral, rotos, y aquella noche todos permanecemos en pie, sin aliento, junto a la ventana de la cantina, con Fettes a nuestro lado, sereno, pálido y con aire decidido.

—¡Que Dios nos tenga de su mano, Mr. Fettes! —dijo el posadero, al ser el primero en recobrar el normal uso de sus sentidos—. ¿A qué obedece todo esto? Son cosas bien extrañas las que usted ha dicho...

Fettes se volvió hacia nosotros; nos fue mirando a la cara sucesivamente.